

Crítica histórica y crítica del testimonio

March Bloch

Queridos amigos,

Como ustedes saben, soy profesor de historia. Me dedico a enseñar el pasado. Les narro batallas a las que no he asistido, les describo monumentos desaparecidos mucho antes de mi nacimiento o les hablo de hombres a los que nunca he visto. Y mi caso es el de todos los historiadores. Nosotros no poseemos un conocimiento inmediato y personal sobre los acontecimientos de antaño comparable, por ejemplo, al que tiene su profesor de física con relación a la electricidad. Sólo los conocemos gracias a los relatos de los hombres que fueron testigos de su realización. Cuando faltan estas narraciones, nuestro desconocimiento es total e irremediable. Todos los historiadores, tanto los más grandes como los más humildes, nos parecemos a un pobre e impotente físico ciego que sólo conoce sus experimentos gracias a los informes de su ayudante de laboratorio? Somos jueces de instrucción encargados de una vasta investigación sobre el pasado y, al igual que nuestros compañeros del Palacio de Justicia, nos dedicamos a recoger una serie de testimonios con cuya ayuda intentamos reconstruir la realidad.

Pero, ¿basta con reunir estos testimonios y unirlos de cabo a rabo? Realmente no. La tarea del juez de instrucción nunca se confunde con el trabajo de su secretario. No todos los testigos son sinceros, ni su memoria es siempre fiable y por ello no podemos aceptar sus declaraciones sin ejercer cierto control. ¿Cómo se las arreglan los historiadores para extraer un atisbo de verdad de los errores y mentiras y obtener un poco de trigo de entre tanta paja? Al arte de discernir lo verídico, lo falso y lo verosímil en las narraciones se denomina crítica histórica y posee unas reglas, fáciles de conocer, que espero mostrarles. He aquí las principales.

Empecemos por la más elemental y modesta de dichas reglas. Es muy posible que algunos de ustedes hayan tenido en sus manos libros de investigación histórica. En tal situación, se habrán preguntado cuál es el motivo para que tales obras tengan notas a pie de página. ¡Ay, las notas, esas pobres notas! No se imaginan cuántas cosas malas se han dicho sobre ellas. Parece que, por sí solas, son las únicas responsables de que ciertos lectores muy sensibles se cansen de una obra, por hermosa que sea, debido a que sus distraídos ojos no pueden seguir el texto principal porque, sin tregua, se les obliga a fijarse en la parte inferior del volumen. No obstante, considero que es necesario llegar a comprender algo antes de pasar a criticarlo. ¿Cuál es la finalidad de estas notas? Pues bien, sirven para dar lo que llamamos referencias. Cuando un físico describe un experimento que él mismo ha realizado, su principal testigo es su propia persona; por ello no necesita citarse y llega con su firma, ya sea en el encabezamiento del libro o al final del artículo. Por su parte, un historiador narra un hecho pasado que no ha visto y habla de acuerdo con los testigos de dicho acontecimiento; por ello, es necesario que los mencione, en

principio por prudencia, para mostrar que tiene argumentos que lo avalan y, sobre todo, por honestidad, para permitir verificar, cuando sea necesario, el uso que ha hecho de sus informaciones. El primer deber del historiador consiste en citar a sus testigos o, como en ocasiones se ha dicho con una expresión que si bien se ha convertido en canónica no es sin embargo muy afortunada, «citar sus fuentes». Sin embargo este procedimiento, como ahora vamos a ver, no es sólo una obligación de los historiadores; pongamos un ejemplo. Un amigo les cuenta que uno de sus conocidos ha cometido alguna estupidez; ustedes, antes de creerlo, pídanle que les cite su fuente. Actuando así, podrán llegar a descubrir que en ocasiones no cuenta con otro testimonio que su propia imaginación o que, en caso de que los haya, éstos no son

dignos de fe o que los ha malinterpretado. Si ustedes, a su vez, se van a hacer eco de un chisme cualquiera, pregúntense, antes de hablar, si pueden citar sus fuentes y verán cómo muchas veces se callarán y no llegarán a decir nada en absoluto a este respecto.

Pongamos ahora al historiador ante los documentos que ha reunido y que con tanto cuidado va a citar y veámoslo trabajar. Su primer paso consistirá en aceptar íntegramente el relato que le ofrecen sus textos y reproducirlo sin variar nada en absoluto, a no ser que el hábito crítico haya acostumbrado su juicio y sustituido, en su persona, el instinto normal por otro especial. Y es que el historiador, al ser un hombre, es perezoso por naturaleza. «La mayoría de los seres humanos prefieren, en vez de buscar la verdad, lo cual les es indiferente, adoptar opiniones que les vienen dadas.» Hace más de dos mil años que Tucídides escribió esta desengañada frase que sigue teniendo plena validez. La verificación necesita un esfuerzo, mientras que el simple hecho de creer no. Por ello, ésta fue la situación en que durante mucho tiempo se encontraron los historiadores, antes de elaborar un método que sólo en la actualidad han llegado a aplicar mediante el ejercicio de una constante disciplina. Frente a la inercia satisfecha de sí misma, el espíritu crítico sólo se ha desarrollado a partir del esfuerzo, la fatiga y la incertidumbre con respecto al resultado y por ello merece toda nuestra admiración y respeto.

En ocasiones son los propios documentos los que nos llevan a dudar de sus noticias y a buscar la verdad. Esto es lo que sucede cuando se producen contradicciones. El 23 de febrero de 1848, una muchedumbre parisina se manifestaba en el boulevard des Capucines bajo la ventana de un Guizot que acababa de abandonar el poder. Un ejército de infantería barría el bulevar. Mientras los oficiales parlamentaban, sonó una detonación que actuó como disparador de la descarga de fusilería que, a su vez, desencadenó la insurrección que iba a suponer el final de la monarquía de julio. ¿Quién realizó la detonación? Algunos testigos dijeron que un soldado, otros que un manifestante. Es imposible que todos tengan razón. He aquí, por tanto, al historiador forzado a aclarar la situación. Si éste pertenece al grupo de los investigadores

benévolos que no soportan que alguno de sus documentos sea erróneo, gustosamente supondrá, ante un caso de este tipo, que quienes abrieron fuego fueron, cada uno por su lado y al mismo tiempo, un soldado y un manifestante. Sin embargo, creemos que esta mentalidad, excesivamente conciliadora, no se debe de imitar. Cuando dos noticias se contradicen, lo más seguro, hasta que se demuestre lo contrario, es suponer que una de ellas, al menos, es errónea. Si su vecino de la izquierda le dice que dos y dos son cuatro y el de la derecha que dos veces dos suman cinco, no es preciso concluir que dos y dos sean cuatro y medio.

Cuando dos testimonios diferentes dan una misma versión de un mismo acontecimiento, el investigador novato se alegra de tan afortunada coincidencia; el historiador experimentado, en cambio, desconfía y se pregunta si, por casualidad, uno de ellos no será una simple repetición del otro. El general Marbot narra, en una célebre página de sus memorias, cómo en la noche del 7 al 8 de mayo de 1809 cruzó en una barca las furiosas aguas del Danubio, en plena crecida del río, llegando a la orilla izquierda, ocupada por el enemigo, hizo algunos prisioneros en los vivacs austríacos y volvió con ellos sano y salvo. Se ha intentado demostrar, con excelentes argumentos, que este hermoso cuento, al igual que muchos otros, surgió por completo de la imaginación de su héroe. Sin embargo, subsiste una duda. Si en realidad la famosa travesía del Danubio es una historia caprichosamente inventada, ésta sólo pudo haber sido creada por Marbot. Sólo él tenía interés en llegar a crear una mentira que sirviese para glorificarlo. Sin embargo, otros dos autores, el general Pelet y el Sr. De Ségur, han dado de esta hazaña un relato similar al de Marbot. Son, por tato, dos testimonios que hablan a su favor. Véamos su validez. El testimonio del Sr. De Ségur es fácilmente descartable debido a que, escribiendo después del general Pelet, se limita a copiarlo. El general Pelet, por su parte, escribió sus memorias con anterioridad a que Marbot hubiese redactado las suyas; pero se trata de un pariente de Marbot y, por ello, nadie duda que no haya podido escuchar, con frecuencia, el relato que, de viva voz, hacía de sus proezas el propio Marbot; al viejo militar le gustaba evocar su pasado, que se dedicaba a adornar artísticamente, y así se preparaba, engañando a sus contemporáneos, para burlar a la posteridad. Tras el Sr. De Ségur hemos visto aparecer al general Palet y tras este último hemos descubierto que era el propio Marbot quien se escondía. Creíamos tener tres testimonios y he aquí que sólo tenemos uno⁵. Para impedir que dos acusados se pongan de acuerdo, el juez los encierra en diferentes calabozos. Menos afortunado que él, el historiador sólo puede impedir estas comunicaciones contentándose con descubrirlas. Vamos a ver a continuación el modo en que lo consigue.

Dos automóviles colisionan en la calle. Uno de los conductores está herido y la gente se apelotona a su alrededor; un agente levanta atestado del accidente del que han sido testigos tres de ustedes. Entre el tumulto, ustedes no se vuelven a encontrar; observan lo que sucede y se van, cada uno, de regreso a su casa, donde redactan una descripción del accidente. Supongamos

ahora que yo recojo estos tres textos y los comparo. En realidad no van a ser en rigor similares. Ustedes no han visto exactamente las mismas cosas y no sólo debido a que cada uno de ustedes no ocupaba el mismo lugar. Cada informe tendrá sus propias faltas pero no en lo que respecta a los mismos aspectos. Estando de acuerdo en lo que se refiere a los puntos principales, diferirán sin embargo en los detalles. Así pues y siendo, en conclusión, idénticos en el fondo, la forma, en cambio, variará. Supongamos ahora que uno de esos relatos cae en manos de un individuo poco escrupuloso que lo copia, lo firma y lo envía a un periódico. En el momento en que aparezca publicado, el autor original no tendrá en absoluto ninguna duda, al ver la similitud que este relato presenta con el suyo, que, en realidad, se trata precisamente del texto que él redactó. Por tanto, dos testimonios sólo pueden llegar a ser perfectamente idénticos, sin llegar a levantar ninguna sospecha, si tratan sobre un acontecimiento muy simple y breve, del mismo modo que sólo hay una forma de decir «Es mediodía»; sin embargo hay muchas maneras diferentes de narrar la batalla de Waterloo. Si dos relatos acerca de la batalla de Waterloo se repiten palabra por palabra, o incluso si se parecen mucho, concluiremos que uno de ellos ha sido la fuente del otro. El problema radica en llegar a saber cómo diferenciar la copia del original. A este respecto, a los plagiarios generalmente los traiciona su propia torpeza y así sus contrasentidos los denuncian cuando no comprenden a sus modelos o los pierde la desmaña de sus estratagemas cuando intentan disimular sus préstamos; del mismo modo que le ocurrió al alumno que durante un examen escribía al revés las frases que leía en el ejercicio de su vecino, convirtiendo al sujeto en atributo y la activa en pasiva. Su estilo basta para descubrirlos.

Volvamos ahora a nuestros tres relatos del mismo accidente y comparémoslos como historiadores. Dos de ellos afirman un hecho que el tercero niega. ¿Daremos por bueno, sin mayor reflexión, el criterio basado en la cantidad? En realidad no. La crítica histórica no tiene nada que ver con razones aritméticas. Si diez personas me dicen que el mar, en el Polo Norte, está libre de hielo y el almirante Peary, en cambio, afirma que está permanentemente helado, creeré a este último y lo haría aun en el caso de que quienes lo contradicen fuesen cien o mil, pues sólo él, entre todos los hombres, ha visto el polo. Un viejo axioma latino dice «Non numeratur; sed ponderatur»; los testimonios, por tanto, se pesan pero no se cuentan.

En la fachada de nuestra catedral se ve a un arcángel que, balanza en la mano, separa con un gesto a los elegidos de los condenados. El historiador no coloca a la derecha los buenos testimonios y los malos a la izquierda. A sus ojos no existen buenos testimonios a los que se entregue de una vez por todas, abandonando todo control. Una declaración, por el simple hecho de ser correcta en ciertos aspectos, no está forzosamente libre de errores; los malos testigos casi no existen y una narración, por muy imperfecta que sea, siempre puede contener noticias útiles. Tal es el caso, supongo, de la descripción de una batalla realizada por uno de los oficiales que tomaron parte en ella. Den por seguro que dicho relato,

aun en los casos menos favorables, no será totalmente falso pues hay hechos que nadie puede ignorar ni ocultar. Ni el austríaco menos sincero negará que Francia fue la vencedora de Austerlitz. Por otra parte, y por muy fiel a la verdad que sea nuestro autor y por muy buena que sea su memoria, su relato siempre tendrá puntos débiles; no habrá visto todo lo que cuenta en persona y habrá episodios que sólo los conocerá de segunda mano, mediante las noticias, quizá sospechosas, de un camarada de armas o de un ayuda de campo. Su atención tampoco habrá sido siempre la misma a lo largo de todo el combate y sus recuerdos siempre tendrán lagunas, por muy exactos que sean en general. Un testimonio nunca constituye un todo indivisible al que hay que declarar verídico o falso. Para hacer crítica

es necesario descomponerlo en una serie de elementos que han de ser probados uno tras otro. El poeta del Cantar de Roldán tiene razón cuando dice que su héroe murió en Roncesvalles, si bien se equivoca al narrar que cayó muerto a manos de los sarracenos.

En 1493 Cristóbal Colón desembarca en Palos y anuncia que ha alcanzado las costas de Asia. En 1909 el Dr. Cook, al desembarcar en no sé qué puerto de Europa o América, anuncia que había descubierto el Polo Norte. Ninguno de los dos decía la verdad y, sin embargo, Cook mentía y Colón solo se equivocaba. Un testimonio puede pecar por defecto de sinceridad o por defecto de exactitud. Los historiadores, como los jueces, se plantean dos cuestiones ante cada uno de sus testigos: ¿intenta ocultar la verdad? y, si se esfuerza en reproducirla, ¿es capaz de conseguirlo?

Afán de riqueza o de gloria, odios o amistades o simplemente el deseo de que se hable de uno, es fácil concebir las diferentes pasiones que han llevado a los hombres a imaginar narraciones falsas o a inventar todo tipo de documentos. Algunos falsarios, por su maestría y paciencia, han llegado a ser admirados por los eruditos. Los mentirosos con ingenio, como Marbot, saben dar, con ayuda de una aparente precisión de detalles, un aire de autenticidad a sus narraciones, en las que nada es cierto. El lector piensa: «cosas como éstas no se inventan» y, satisfecho con este absurdo aforismo, deja de desconfiar. El sabio alemán que fabricó la historia fenicia de Sanchoniathon, escrita en su totalidad, y en buen griego, por él mismo, habría podido adquirir, con mucho menos esfuerzo y aplicando sus raras cualidades a otras cuestiones, una reputación mucho más digna y agradable. Si se busca el motivo para una mentira, éste generalmente se encuentra en otra mentira anterior. Se engaña por segunda vez para evitar reconocer el primer engaño. En una ocasión, Vrain-Lucas falsificó una carta de Galileo, dirigida a Pascal, en que se quejaba de que su vista cada vez se debilitaba más. A nadie extrañó esta noticia, aunque existían documentos verídicos que demostraban que Galileo se había quedado completamente ciego años antes del nacimiento de Pascal. ¿Creen ustedes que Vrain-Lucas se preocupó por ello? No; simplemente se sentó ante su mesa de trabajo y, días después, produjo un nuevo documento autógrafo de cuyas noticias se derivaba que Galileo, perseguido, se había

hecho pasar por ciego sin serlo. Lo falso crea, así pues, lo falso.

Las mentiras son quizá más fáciles de descubrir que las inexactitudes pues sus causas son más aparentes y generalmente mejor conocidas. La mayoría de las personas no se dan cuenta que los testimonios rigurosamente exactos en todas sus partes son muy extraños. Existen dos tipos de pérdidas que resultan temibles, las que proceden del recuerdo y las que proceden de la atención. Nuestra memoria es un instrumento frágil e imperfecto. Es como un espejo que presenta desconchados en el azogue, como un espejo desigual que deforma las imágenes que refleja. Sería necesario determinar —y esto es algo que el juez se puede esforzar por hacer— el valor y la capacidad de la memoria de cada testigo. Hay individuos que pueden describir, sin error alguno, un paisaje o un monumento que han visto dos o tres veces y sin embargo no pueden citar correctamente una cifra. Para el historiador, como para el magistrado, no hay nada tan importante como las fechas. Y, sin embargo, éste es uno de los datos que peor retienen la mayoría de las personas. Nuestro pensamiento, al igual que un cesto perforado, va perdiendo por el camino una parte de los recuerdos que ha ido almacenando y en un momento dado, y ante los hechos mismos, sólo percibe una pequeña cantidad de ellos. En ocasiones se cree que una declaración resulta mucho más cierta por informar acerca de objetos que el testigo ha tenido ocasión de ver con más frecuencia. Sin embargo, este hecho supone sobreestimar en exceso nuestra capacidad de observación pues, por regla general, nunca prestamos atención a hechos y cosas usuales, sino sólo a aquello que nos asombra. Casi todos nosotros circulamos medio ciegos y medio sordos por un mundo exterior que sólo vemos y comprendemos a través de una especie de niebla. Si les pidiese a aquéllos de entre ustedes que han sido mis alumnos durante el curso que ahora finaliza que me describan el aula en que nos hemos reunido durante muchas horas a la semana, estoy seguro que la gran mayoría de las respuestas estarían llenas de errores asombrosos. Esta experiencia ya se ha intentado con anterioridad en París, en las escuelas primarias, y en Ginebra, en la universidad, y siempre ha sido concluyente. He aquí otra experiencia que pueden realizar ustedes mismos y cuya idea les doy para que ocupen, durante las vacaciones, sus ratos de ocio en los días lluviosos. Pregúntele a alguien de su entorno que posea un reloj de bolsillo como aparece representado en su reloj la cifra 6: si está en numeración árabe o romana, si la punta de la V está hacia arriba o hacia abajo, si la barriga del 6 está abierta o cerrada, etc.; la persona interrogada responderá, generalmente, con precisión y sin dudar. Ahora bien, en la mayoría de los relojes de bolsillo el 6 no aparece, al estar su lugar ocupado por el cuadrante del segundero. Leemos, por tanto, la cifra ausente sin darnos cuenta de su falta. Antes de aceptar un testimonio, intentemos determinar cuáles son los hechos que han podido llamar la atención del testigo, así como aquellos que, al contrario, se le han podido escapar. Pongamos otro ejemplo: un médico que cuida a un herido; si le interrogo a la vez sobre la herida que examina a diario y sobre la habitación del enfermo, la

cual también ve todos los días, pero a la que, a buen seguro, no dedica más que miradas distraídas, debemos creer que su testimonio es mucho más fiable en lo que respecta al primer punto que con relación al segundos.

Naturalmente, la verdad sólo se llega a descubrir mediante la comparación de los diferentes testimonios entre sí. Hace un momento les he mencionado el relato ofrecido por Marbot con relación a su travesía del Danubio. Conociendo a Marbot debemos de desconfiar de él y por ello buscamos contrastar su testimonio. Existen documentos fidedignos que nos permiten conocer la marcha, día a día, de los ejércitos en la primavera de 1809 y que nos informan que en la noche del 7 al 8 de mayo no había tropas austriacas en el lugar de la orilla izquierda al que Marbot pretende haber llegado. Además, sabemos que el 8 de mayo el Danubio aún no había entrado en la época de crecidas. Así pues, Marbot se ha vanagloriado de desafiar el furor de las aguas de un río que en realidad corría apacible, de haber hecho prisioneros, en un lugar que él indica, a unos austríacos que en realidad estaban en otro sitio esa misma noche. Para colmo de desgracias, el propio Marbot ya se había desmentido a sí mismo con anterioridad. Se ha descubierto un requerimiento, fechado el 30 de junio de 1809, y dirigido por Marbot al mariscal Berthier, en que éste solicitaba un ascenso. En dicho documento Marbot, como conviene a la ocasión, enumera detalladamente todos sus servicios sin mencionar para nada la prodigiosa hazaña que, realizada unas semanas antes, hubiese constituido, de haber sido verdad, su título más magnífico. Contradicho por los otros y por sí mismo, vemos aquí a Marbot convencido de haber alterado la verdad.

Se ha hablado muy mal de la crítica histórica. Se la ha acusado de destruir la poesía del pasado. Los investigadores han sido tratados como mentes secas y planas debido a que no aceptaban, a ojos ciegos, las narraciones que desde hace generaciones se han ido transmitiendo de una época a otra, se les ha acusado de insultar la memoria de los hombres del pasado. Si el espíritu crítico tiene tantos detractores se debe, sin duda, a que es más fácil criticarlo o ridiculizarlo que practicar sus rígidos principios. Durante mucho tiempo se ha creído que las epopeyas de la Edad Media guardaban el relato, más o menos deformado pero exacto en sus rasgos esenciales, de acontecimientos históricos. En la actualidad sabemos que esto no es así, que el caballero Bayart nunca ha dirigido a los hijos de Aymon por entre los grandes bosques de las Ardenas, que la amistad entre Ami y Amila ha sido inventada por un juglar y que Aymerillot nunca ha tomado Narbona. No cabe ninguna duda de que todos estos viejos poemas sólo son ficción y no por ello, sin embargo, han dejado de emocionarnos. Antes nos acercábamos a ellos buscando en su nebuloso espejo el reflejo de acontecimientos dudosos, los tratábamos como malas crónicas y, he aquí, que no son sino hermosos cuentos. Ahora que sabemos leerlos nos ofrecen una imagen clara: la del alma heroica e infantil, ávida de misterios y turbulenta, del siglo que los vio nacer. Es la fiel traducción de los sentimientos y creencias del pasado lo que

constituye la belleza y la verdad de las leyendas, al conocerlas como leyendas disfrutamos más de ellas. Por tanto —y con ello expongo, en su totalidad, mi punto de vista acerca de esta tema— es cierto que la crítica ha podido disipar, en determinadas ocasiones, algunos milagros que resultaban muy seductores, pero, después de todo, esto no es más que una cuestión de mala suerte. El espíritu crítico es propio de la inteligencia y el esclarecimiento ha de ser su primera obligación.

Las reglas de la crítica del documento, elaboradas sobre todo por historiadores y filólogos, no son un simple juego de erudición. Se aplican tanto al presente como al pasado. Algunos de ustedes quizá se encuentren en el futuro revestidos de los formidables poderes de un juez de instrucción. Otros serán llamados a realizar, como consecuencia de nuestra legislación democrática, las funciones de jurado. Y aquellos que nunca den sentencia o veredicto alguno en un palacio de justicia deberán, y deben ya, en cada instante de la vida cotidiana, recoger, comparar y valorar los testimonios. Recuerden entonces los principios del método crítico. Ellos serán, para ustedes, la mejor arma contra el espíritu y el deseo de maledicencia y de desconfianza. El desgraciado que, sin cesar, va dudando de todo y de todos no es, por lo general, más que un crédulo muy frecuentemente engañado. El individuo prevenido, que conoce la extrañeza de los testimonios exactos, está menos dispuesto que el ignorante a acusar de mentiroso al amigo que se equivoca. Y el día en que, en público, ustedes tengan que tomar parte en cualquier gran debate, ya se trate de someter a nuevo examen una causa juzgada con excesiva rapidez o de votar por un individuo o por una idea, no olviden nunca el método histórico. Es una de las vías que conducen a la verdad.